

Breaking Bad y Crimen y Castigo: un hachazo en Albuquerque

Pocas producciones audiovisuales en el mundo han alcanzado la fama y el éxito de la serie norteamericana *Breaking Bad*, y lo mismo podría decirse de la novela *Crimen y Castigo*, del escritor ruso Fiódor Dostoyevski. Por ello, ambas han sido calificadas por la crítica –la especializada y la que no lo es– como verdaderos clásicos en sus respectivas áreas.

La forma en la que estas dos creaciones del ingenio humano lograron posicionarse como grandes exponentes del arte es un asunto sobre el que mucha tinta se ha vertido: desde artículos académicos hasta foros en internet. Estos últimos centrándose, especialmente, en la cuestión de si dichas obras merecen estar dentro de las mejores en su campo y cómo rivalizan con otras producciones textuales y audiovisuales.

Por lo anterior, sobra expresar también en estas líneas la discusión acerca de tales cuestiones. En cambio, resulta interesante identificar algunas similitudes o puntos de contacto entre la obra de Vincent Gilligan, *Breaking Bad*, y la novela no solo más conocida de Dostoyevski, sino de la literatura rusa en general: *Crimen y Castigo*.

Circunstancias excepcionales, criminales memorables

Walter White y Rodión Raskólnikov son personas con una vida que podríamos denominar ordinaria. Posiblemente, si esta tuviera algún tipo de justicia, ambos estarían en una posición social mejor que en la que se desenvuelven. Así, el primero es un excelente químico; un profesional en su área que, sin embargo, por diversas circunstancias, se ve obligado a trabajar como maestro de secundaria y, además, a laborar parcialmente en un centro de lavado automotriz.

En el caso del estudiante de derecho, Raskólnikov, su inteligencia es un poco más difícil de demostrar, pues como testimonio objetivo de su conocimiento únicamente consta el famoso artículo de su autoría sobre el fenómeno del crimen. Por lo demás, la novela retrata los delirios de un joven y narcisista asesino que se considera estar por encima de las demás personas.

Ambos, a pesar de ser instruidos –y esto es lo que hace que lectores y espectadores se identifiquen con los personajes–, incurren en las típicas equivocaciones de novato que cometería cualquier otro individuo en las situaciones apremiantes que depara la vida criminal. Es Walter White indicándole, ingenuamente, a la pandilla de Jack su posición en el desierto en el aclamado capítulo de *Ozymandias*, y también es Raskólnikov olvidando cerrar la puerta de la vieja usurera antes de ejecutar el homicidio. ¿Hay acaso un solo motivo?

Podríamos decir que el motivo tanto de Walter White como de Rodión Raskólnikov para ingresar al mundo criminal es, sencillamente, la obtención de una recompensa económica y, con ello, finalizar el análisis. Sin embargo, lo que verdaderamente se destaca de ambos protagonistas es la ambigüedad con la que justifican sus objetivos.

En el caso de Walter, luego de pasar toda la serie argumentando que el imperio de la droga lo había construido para el bienestar de su familia, en el último capítulo de la serie, *Felina*, reconoce, ante su esposa Skyler, que todo lo que hizo lo llevó a cabo por su propio gozo, porque era bueno en lo que hacía, además de hacerlo sentir vivo.

Por otro lado, Raskólnikov, justifica en parte el homicidio de la usurera por su “teoría napoleónica” que reconoce la existencia de hombres extraordinarios que pueden y deben infringir las leyes para alcanzar sus objetivos. No obstante, finalmente reconoce que la ejecución de su acto criminal tuvo como motivo la ganancia monetaria que obtendría de la vieja; la cual, de todas formas, nunca llega a disfrutar.

Entre lo risible y lo serio

Uno de los personajes más entrañables de *Breaking Bad* era el agente de la D.E.A. –ya también cuñado de Walter– Hank Schrader. Lo caracterizaba su tosco e impertinente sentido del humor, así como su agudeza investigativa que, incluso, nos hacía dudar de su verdadero conocimiento acerca de los movimientos de su familiar. Resulta, por ejemplo, inolvidable el capítulo *Bullet Points*, cuando Hank, mostrándole a Walter el cuaderno de Gale Boetticher, bromea sobre si la dedicatoria que dice “W.W.”, se refiere a él.

En *Crimen y Castigo*, el papel del investigador con tintes de bromista –incluso llevado a extremos repulsivos– es desarrollado por el juez de instrucción Porfiri Petróvich, quien en varios capítulos, entre diálogos ambiguos y confusos, siembra en Raskólnikov la incerteza de si su delito ya fue descubierto y únicamente se divierte modificándolo.

Entre risas y argumentos sólidos, ambos personajes policiacos crean una atmósfera de tensión que golpea el ánimo de los protagonistas y captura la atención de lectores y espectadores. Sin duda, caben dentro del universo de personajes *graciosamente perversos* cuyo máximo exponente es, quizá, el coronel Hans Landa, de la película *Inglourious Basterds*.

Licor, enfermedad y narcisismo

¿Desearon Walter White y Rodión Raskólnikov confesar los crímenes para que sus “hazañas” fueran reconocidas? Esta pregunta ronda mi cabeza no solo por el contexto que ofrecen ambas ficciones, sino porque es sabido que muchos criminales –principalmente los asesinos en serie– gustan en dejar pistas, o bien, publicar sus delitos sin mayor inconveniente con tal de alcanzar una supuesta fama.

De esta manera, vienen a mi memoria las veces en que el protagonista de la novela rusa se sintió ofendido porque algunos criticaron que el homicidio de la vieja usurera y su hermana fueran ejecutados de forma tan descuidada, o las ocasiones en que, estando enfermo, estuvo a punto de revelar los asesinatos y el robo.

Walter White, por otro lado, también fue víctima de su narcisismo y deseo de reconocimiento. Al respecto, podemos recordar dos episodios: el primero transcurre en el capítulo denominado *Shotgun*, cuando Hank, hablando, en una reunión familiar, de Gale Boetticher, dijo que este no era un “cocinero” ordinario sino un chef de la metanfetamina. Walter, entonces, quien se encuentra notablemente ebrio y con el orgullo herido, desprestigia la labor de Gale y le indica a Hank que Boetticher posiblemente solo albergaba copias del trabajo de otro cocinero quien estaría en libertad.

El segundo episodio se encuentra en el primer capítulo de la tercera temporada y se denomina *No más*. En este, mientras Hank ayuda a Walter a cargar sus pertenencias al automóvil, se percata que hay una bolsa que pesa como si tuviera "ladrillos" dentro. Schrader, sorprendido, le pregunta a Walter sobre el contenido de la misma a lo que su cuñado responde: "Medio millón en efectivo". Incrédulo y sonriente, Hank termina por subir al maletero las ganancias de un imperio de la droga aún en crecimiento.

La puerta como frontera entre el bien y el mal

Luego de acabar con la vida de Aliona y Lizaveta Ivánovna, dos sujetos llegan al apartamento de la usurera, por lo que Raskólnikov debe apresurarse a cerrar la puerta, para que estos no miren la sangrienta imagen de los cadáveres. Dostoyevski, entonces, narra una de las escenas con más suspenso de la literatura universal, pues una puerta separa al asesino y sus víctimas, del descubrimiento del homicidio por parte de dos hombres que frenéticamente desean entrar en el aposento.

En *Sunset*, el sexto episodio de la tercera temporada de *Breaking Bad*, ocurre una escena similar cuando Hank llega al deshuesadero donde Walter pretendía destruir la casa rodante. La puerta se convierte en la frontera que separa al policía de los criminales y su evidencia. Solo una elaborada trampa logra hacer que Schrader abandone momentáneamente su objetivo y que así Walter y Jesse se pongan a salvo.

Esta escena, donde *dos fuerzas opuestas* se encuentran separadas por una frágil puerta ha sido reescrita muchas veces en la literatura y el cine; generalmente, representando momentos de terror y tensión. No obstante, tanto en *Crimen y Castigo* como en *Breaking Bad*, tienen la particularidad de haber significado la línea que divide a la ley del crimen; aquello que se encuentra escondido y debe permanecer oculto, de la fuerza que procura constantemente revelar el misterio.

Un texto revelador

Líneas atrás argumenté que en ocasiones parecía que Hank ya conocía las fechorías de Walter, o es mejor decir, Heisenberg. Sin embargo, el capítulo

Gliding Over All, nos aclara que eso no es así: que Schrader nunca sospechó de su cuñado. Pues, cuando el agente de la D.E.A. observa el libro *Hojas de hierba* que se encuentra en la casa de Walter y ve la dedicatoria en él inscrita que dice "Para W.W de G.B.", la verdad cae sobre su pecho.

En ese momento Hank descubre que Heisenberg, el chef de la metanfetamina que ha levantado un imperio de la droga y a quien él ha estado siguiendo por tanto tiempo, no es otro que su cuñado Walter. Convirtiéndose esta escena en un ejemplo moderno de anagnórisis, pues el policía descubre la verdadera identidad del delincuente por medio de una dedicatoria.

En *Crimen y Castigo*, por el contrario, no hay una anagnórisis tan evidente como la que se presenta en *Breaking Bad*. Aunque, son las ideas planteadas por el mismo Raskólnikov en el artículo de opinión, las que más adelante servirían de pista al juez de instrucción Porfiri Petróvich para elaborar su hipótesis de que el estudiante de derecho era el asesino.

¿Es acaso Rodión Raskólnikov el arquetipo de escritor de crimen que posteriormente ejecuta un homicidio? Pues si bien en el artículo nunca menciona concretamente su deseo de acabar con la vida de la vieja usurera, llega a justificar ambiguamente su asesinato. De esta forma, no es difícil imaginar paralelismos también con casos que superan la ficción, como el de Nancy Crampton-Brophy, autora del ensayo "Cómo asesinar a tu marido", declarada culpable, precisamente, por dar muerte a su esposo.

